

en la mesa un sobrino del gobernador de Cuba, llamado, como éste, Diego Velazquez; jóven y distinguido oficial; pero de genio vivo y de carácter impetuoso. Animado en la conversacion y dejándose arrastrar de su enemistad contra Cortés, trató á éste y á los que con él estaban, de traidores. Juan Velazquez de Leon se puso en pié al escuchar aquellas palabras, y pidió á Narvaez que prohibiese herir en la honra á ninguno de sus compañeros. «Admití vuestro convite, dijo con robusto acento, con la condicion de que no se proferiria la mas ligera expresion injuriosa hácia los que se encuentran en el bando contrario al vuestro. Espero, pues, que se cumplirá lo prometido. Por lo que hace á las frases que imprudentemente se acaban de pronunciar, debo repetir lo que ya otra vez he dicho. Nadie es mejor servidor del rey que Hernan Cortés y los que le siguen. Lo dicho por el que ha tratado de ofenderle, añadió mirando al sobrino de Velazquez, está mal dicho.» «Está bien dicho, exclamó el sobrino del gobernador; y cuando defendeis á un traidor, es porque vos lo sereis tambien, y no perteneceis á los Velazquez buenos.» «Mentís, gritó Juan Velazquez de Leon echando mano á la espada. Soy mejor caballero que vos, y mas de los Velazquez buenos, que vos y vuestro tio» (1).

Narvaez y los capitanes se interpusieron, evitando que se efectuase un duelo.

Cuando Velazquez de Leon se retiró á su alojamiento, varios oficiales, favoritos de Narvaez, aconsejaron á éste que mandase prenderle. Salvatierra, el que habia ofrecido cortar las orejas á Cortés, era uno de los que mas le insta-

(1) Bernal Diaz pinta bastante bien esta escena.

ban á ello. Por fortuna logró el secretario Andrés de Duero disuadirles de su intento. Dijo que parecia un acto de cobardía aprehender á un individuo que habia ido á desempeñar una comision. Nada era un Velazquez de Leon ni diez, por valientes que fuesen, para resistir el choque del bravo ejército de Narvaez. Detenido así el golpe por Andrés de Duero, el capitan Salvatierra y otros, aconsejaron á Narvaez que hiciese salir inmediatamente del campamento al insolente defensor de Cortés y al padre Olmedo. La orden se dió en el acto. El sacerdote se puso en camino sin despedirse de nadie; pero Juan Velazquez de Leon hizo lo contrario. Al recibir la intimacion, montó en su briosidad y arrogante yegua, y se dirigió al alojamiento de Narvaez para despedirse. Estaba al lado del general, el sobrino de Diego Velazquez, con quien habia tenido la cuestion en la mesa. «Vengo á saber si algo se os ofrece para nuestro real,» dijo Velazquez de Leon á Narvaez. «Marchaos, exclamó exaltado de indignacion el general; y mas valiera que no hubiéseis venido nunca» (1). El sobrino del gobernador, tomando la despedida por un insulto, dirigió frases altamente ofensivas á su contrario. «Grande es vuestro atrevimiento y digno de castigo,» exclamó Velazquez de Leon, reprimiendo su cólera, porque tenia á su lado seis oficiales de Narvaez que le impidieron echar mano á la espada. «Veremos dentro de pocos dias si á vuestras palabras corresponde vuestro esfuerzo» (2).

(1) «Y dijo al Narvaez: «¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?» respondió el Narvaez, muy enojado, que se fuese, é que valiera mas que no hubiese venido.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) Es grande su atrevimiento y digno de castigo; y echándose mano á la

Los oficiales de Narvaez, asiéndole del brazo, le dijeron que se marchase.

Mientras acontecian en Cempoala las escenas que dejo referidas, veamos las disposiciones que habia tomado Hernan Cortés.

Dos horas despues de haberse separado de él Juan Velazquez de Leon, en cuyo conocimiento puso lo que pensaba hacer, dispuso salir de Tapanacuetla para continuar la marcha. El objeto de Hernan Cortés era aproximarse todo lo posible á la poblacion en que se hallaba el ejército contrario. Tocó el tambor llamada, y pronto se vieron todos los soldados, empuñando sus armas, presentarse en disposicion de marcha. El ejército, si este nombre puede darse á un número insignificante de guerreros, se componia de doscientos sesenta y seis hombres, incluidos cinco de caballería. No contaba Cortés con ninguna pieza de artillería. Pocos eran los que llevaban arcabuz; habia algunos ballesteros; y el resto de la tropa iba armada ya de espada y rodela, ya con las nuevas lanzas de dos puntas fabricadas por los indios de Chinantla. Respecto de armas defensivas, aun se encontraba la gente en mas lastimoso estado. La cota de la mayor parte de los soldados era de algodón, llamada *escaupil*, que habian adoptado en lugar de la de acero, por ser mas ligera y ser suficiente para resistir el golpe de la flecha. Pero en aquellos instantes eran casi inútiles, pues no podian oponer resistencia á la bala de cañon ni del arcabuz. Aun esas mismas cotas de algo-

barba, le dijo: «Por éstas, que yo vea antes de muchos dias si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar.»—Bernal Diaz.

don se encontraban deterioradas, revelando en sus remiendos, su largo servicio y los golpes recibidos en los combates. Sin embargo, el valor lo suplía todo. El corazón de aquel puñado de guerreros era mas fuerte en los combates que las relucientes corazas de acero. Acostumbrados á las privaciones y á desafiar la muerte, nada temian, todo les sobraba. Tenian fé en la capacidad y en la fortuna de su general, y creian que bajo sus banderas jamás serian vencidos.

La tropa se puso en marcha despues de haber tomado algun alimento. Las amplias llanuras de tierra caliente por donde atravesaban, se veian cubiertas de ricas sementeras y de la vistosa planta del algodón, que se extendia á distancias considerables. En medio del sofocante calor de un clima abrasante, llegó el ejército, al aproximarse la noche, sediento y fatigado, á un riachuelo que corria al pie de una cuesta bastante pendiente, donde se levantaban robustos algunos árboles. Mitigada la sed devoradora, y situadas las centinelas y corredores de campo en puntos convenientes, pernoctó allí la division, teniendo los soldados por lecho el suelo, y por almohada las enormes piedras que abundan en la orilla (1).

Al brillar la aurora del siguiente dia, continuaron su camino por entre bellas florestas y deliciosos bosques, que les prestaban benéfica sombra. Era medio dia cuando llegaron á un rio, orillado de árboles y de cabañas, que brindaban al soldado al descanso y al reposo. El sol ba-

(1) «Y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas.»—Bernal Diaz del Castillo.

ñaba con sus quemantes rayos la tierra. Los soldados, cargados con sus rodelas, espada y largas picas, llegaban cubiertos de sudor. Hernan Cortés mandó hacer alto en aquel delicioso sitio para que la tropa descansase. Era un punto que se hallaba á corta distancia de la Villa Rica de la Veracruz. La tropa se tendió bajo la fresca arboleda, contemplando correr las limpias aguas del rio. Las rondas, las avanzadas y los centinelas vigilaban, en tanto que sus compañeros reposaban. Pocos momentos llevaba el ejército de haberse entregado al reposo, cuando llegó corriendo uno de los vigilantes avanzados, anunciando que se acercaban tres personas, dos de ellas á caballo, por el rumbo de Cempoala. Todos se imaginaron que serian el padre Olmedo, Velazquez de Leon y el mozo de espuelas Juan del Rio. No se equivocaron. Eran ellos. El regocijo de Hernan Cortés y de todo el ejército, al verlos llegar, fué grande. Por ellos adquirieron noticias importantes respecto del espíritu que reinaba en el campamento enemigo, y sintieron redoblar su esperanza de triunfo.

El caudillo español vió, por la relacion que el padre Olmedo y Velazquez de Leon le hicieron de lo ocurrido en las conferencias celebradas con Narvaez, que habia llegado el momento de obrar con energía y prontitud. Envió una persona de su entera confianza y un escribano con una carta para el general enemigo, en que le intimaba á que presentase, sin demora, el nombramiento dado por el rey. Al mismo tiempo mandó que nadie de los que se hallaban con el jefe de la nueva expedicion salida de Cuba, contra las ordenes de la real Audiencia

de Santo Domingo, obedeciese á Narvaez, ni le reconociese como capitán general ni justicia. Ordenaba, asimismo, que todos compareciesen ante él para darles instrucciones respecto del servicio del monarca; y terminaba amenazándoles que procedería contra los que desoyesen su llamamiento, tratándoles como traidores, alevos y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey (1).

Con este requerimiento amenazador, Hernan Cortés conseguia introducir la duda en muchos de los que habian seguido á Narvaez juzgándole legalmente nombrado, y arraigar mas y mas en sus soldados la poderosa fuerza moral de que eran realmente los defensores de los derechos del rey. Transcurrido el corto término fijado, el ejército se dirigió á Cempoala.

El caudillo castellano marchaba lleno de fé en el triunfo de su causa. El padre Olmedo, Andrés de Duero y otros amigos que se hallaban en el campamento contrario, habian logrado disponer los ánimos de un gran número de oficiales y soldados en favor de Cortés. Las dádivas á unos y las promesas á otros, habian producido un efecto brillante.

El cielo empezó de repente á cubrirse de nubes, nu-

(1) «Por los cuales (mandamientos) requería al dicho Narvaez que si algunas provisiones de V. A. traía, me las notificase... E asimismo mandaba, y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban, que no tuviesen ni obedeciesen al dicho Narvaez por tal capitán ni justicia; antes dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese lo que debían hacer en servicio de V. A., con protestacion que, lo contrario haciendo, procedería contra ellos como contra traidores y alevos y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey, y querían usurpar sus reinos y sus señoríos.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

blando los rayos del sol, y poco despues el agua empezó á caer con bastante fuerza.

Los soldados, que iban cubiertos de sudor, sintieron una impresion desagradable con el brusco cambio producido por la lluvia.

Nada hay mas mortífero para el europeo en aquellas regiones cálidas, que recibir un aguacero en los momentos de caminar sudando. Pero la gente de Hernan Cortés estaba acostumbrada á todos los climas, á todas las temperaturas, á todas las privaciones.

Era de noche cuando el sufrido ejército llegó á un extenso prado, por donde pasaba un riachuelo, orillado por copudos y gigantescos árboles. Los cuarteles de Narvaez se encontraban á una legua de distancia. Un paso, por decirlo así, mediaba entre los dos campamentos.

El caudillo español mandó hacer alto en aquel sitio. La lluvia era mas ligera, y los árboles prestaban algun abrigo para defenderse de ella. No descuidando jamás las precauciones de un cauto general, distribuyó en diversos puntos los vigilantes de campo, y despachó algunos soldados de confianza y ligeros, á distancias avanzadas, á fin de que diesen aviso de cualquiera novedad que advirtiesen.

En aquellos momentos se presentó en el campamento un desertor del ejército de Narvaez. Los soldados corrieron á verle con objeto de adquirir algunas noticias. El nuevo compañero satisfizo á las preguntas que le hicieron, y en seguida se dirigió á donde estaba Hernan Cortés. El desertor era enviado por el secretario Andrés de Duero, con noticias importantes respecto de lo mucho que iba ganando la idea de un convenio en las tropas y en la oficialidad.

Ignoraba, al enviar aquellas nuevas, que su amigo se disponia para un asalto.

El caudillo español supo, por el soldado desertor, la disposicion que guardaban las tropas enemigas; los puntos que ocupaban; el lugar y disposicion en que se hallaba la artillería, el espíritu del soldado y todo cuanto en fin podia interesarle para su plan de campaña.

Hernan Cortés pareció quedar contento con las nuevas recibidas, y el soldado fué á reunirse con sus nuevos camaradas.

El caudillo español fué á recorrer en seguida los puntos avanzados y á recomendar la vigilancia y el silencio.

Tomadas todas las providencias de seguridad, los soldados, sin mas ropa que la que llevaban puesta y que estaba empapada en agua, se acostaron debajo de los árboles, sin dejar sus armas, y sin haber encontrado nada que comer.

Sin embargo, todos se manifestaban contentos. Nadie tenia sino elogios para su general. Dispuestos á seguirle á donde les llevase, se entregaron al reposo sobre la mojada yerba, acariciando en su mente la lisonjera esperanza de un porvenir de gloria y de felicidad.